

Los padres deben preocuparse indispensablemente del siguiente hecho comprobado por la práctica hasta la saciedad : la precocidad intelectual en todos los niños no prejuzga nada en favor del grado de inteligencia que alcan-

CARTA QUINTA

Los dos caballos de Montaigne. — Peligro de la precocidad. — La cultura de un espíritu infantil se resume así : desarrollar y disciplinar la atención. — Nuevo régimen intelectual de Pedrito. — Proscripción de los libros é idiomas extranjeros. — Justificación de esta proscripción. El libro y los idiomas extranjeros son los dos agentes más perniciosos de la desorganización del espíritu de un niño.

UN pequeño rústico, lavado escrupulosamente mañana y tarde y vigilado por las reglas higiénicas. Así hemos definido, mi querida Francisca, al joven animal humano educado según conviene á su cultura física. Hemos quedado de acuerdo en que, durante los cuatro ó cinco primeros años, esta cultura es más importante que cualquier otra.

¿De modo que hasta esa edad no recibirá cultura alguna la inteligencia, ni la voluntad, ni la sensibilidad del niño?

¡ No, Francisca !

Como ha dicho Montaigne, el cuerpo y el espíritu, son dos caballos uncidos al mismo timón : sería una locura intentar educar y dirigir al uno y dejar al otro malearse y tornarse salvaje. Pero el caballo « cuerpo » tira mucho más pronto que el caballo « espíritu » y el tiro humano se parece un poco, en los primeros años de su vida, á uno de esos carros de titiriteros remolcado por una pesada yegua y un raquítico borriquillo, el cual representa el espíritu, dicho sea salvando todos los respetos.

Es débil, pero « es » y no debemos despreciarlo. El error de muchos padres está en juzgarlo más interesante que el cuerpo y ocuparse de los desgastes de éste. Resultado : el cuerpo no se desarrolla normalmente y de rechazo, el espíritu, sufre las consecuencias : el tiro acaba por romperse.



... Lavado escrupulosamente mañana y tarde... (Pág. 64).

zarán más adelante. Antes por el contrario, esa precocidad, resultará peligrosa. ¡ Cuidado con el árbol frutal que « florece » demasiado pronto, antes de llegar la primavera ! Sus flores tempranas, temerarias, se mustiarán á la primera helada y no dará frutos en el otoño. No es esta una comparación arbitraria ; es la imagen exacta á la atrofia súbita que origina cualquier enfermedad en el cerebro infantil desarrollado antes de tiempo.

Inscribamos, pues, este primer principio :

La precocidad intelectual es nociva para los niños.

Fenelón sabía lo que decía al escribir :

« No hay que apresurar al niño ». Y añadía que hay que « seguirle », lo cual es discutible. La educación intelectual de los pequeños no implica una absoluta pasividad. Antes por el contrario, el educador, sin apresurarse, debe espiar con precaución el despertar del pensamiento infantil; debe dirigirlo á medida que se desenvuelva.

Pero la regla esencial consiste en imponer al espíritu del niño muchos menos *conocimientos* que *hábitos*.

En un principio, la educación intelectual del niño, no es más que la dirección de sus sentidos. Aprende á oír, á ver, á tocar. Las nociones de tiempo y espacio, sin las cuales ningún conocimiento humano es posible, se instalan en su cerebro gracias á las experiencias personales. En estas horas iniciales hay que dejar hacer mucho á la naturaleza : el papel del educador se limitará, como hemos dicho, á espiar, á dirigir esa primordial aptitud para el conocimiento que se llama ATENCIÓN. Retén bien esta palabra, Francisca : es esencial. La educación intelectual de la primera infancia se resume casi por completo en el cultivo de la atención. En otros términos :

La atención es el primer hábito que se debe hacer adquirir al espíritu del niño.

Observa á tu sobrina Simona Laterrade. Cuenta cinco años y medio. La reputan como insoportable. Ha tenido ya un respetable número de institutrices. Cuando una alemana no le es simpática, la sustituyen por una inglesa y viceversa. Simona habla una lengua en la que se confunden todas las europeas. Hay días en que da la sensación de que lee casi corrientemente y otros resulta imposible hacerle deletrear una sílaba. Ayer se hubiera dicho que era una niña prodigio; hoy parece una estúpida. Consultan á los médicos y comprueban que goza de perfecta salud. Y, en tanto, la zarabanda de institutrices continúa en torno de este desconcertante sér.

¿Quieres conocer mi diagnóstico sobre el caso de Simona Laterrade? Pues se trata, sencillamente, de una niña un

poco nerviosa cuya *atención* no se han cuidado de despertar y dirigir. Ni sus ojos, ni sus oídos, ni su espíritu, son capaces hoy de fijarse. Las nociones que penetran en ella, penetran como por sorpresa, cuando se olvida de estar distraída. Pero cuando se intenta detener su joven pensamiento sobre un objeto ó una idea, Simona procura esquivarse. ¿La contrarian? Entonces se irrita, llora, muestra una nerviosidad convulsiva...

Pedrito no carece de atención en el mismo grado; sin embargo; como el despertar y desarrollo de su atención se confiaron al azar, su espíritu vacila como el de la mayoría de los niños y también — convengamos en ello — como el de gran número de personas mayores... Desde que me has confiado la vigilancia de su cultura, mi principal esfuerzo tiende á perfeccionar y disciplinar su atención. Lo difícil con un niño de cinco años y medio, cuya atención no ha sido jamás cultivada, es abordar esta cultura.

¿Por dónde comenzar?

Una disposición nativa de Pedrito para el dibujo me ha proporcionado la ocasión de entrar en materia. ¡Qué lección de atención para un niño hacerle dibujar un objeto! Dibujo primitivo, dibujo comparable á los de nuestros antepasados de las cavernas; pero no importa. Es un admirable ejercicio de atención sostenida : es, además, un precioso documento sobre el espíritu del niño. Los dibujos de los niños nos descubren lagunas, completamente insospechadas, en sus facultades de visión y coordinación. Entonces notamos que ellos no ven ciertas realidades y que, en cambio, á las visiones reales, se mezcla, para ellos, todo un mundo de visiones quiméricas... Pedrito dibujaba la imagen de un caballo, figurando el lomo con una línea; pero omitía el contorno interior, el contorno del vientre... ¿Por qué? Misterio. Sólo el contorno superior hería su ojo inexperto. He tenido que obligar á su vista á mirar *atentamente* los caballos y las imágenes de estos, para que Pedrito se diera cuenta del contorno inferior. ¿No crees que este día realizó un progreso superior al que habría realizado aprendiendo que caballo, en inglés, se dice *horse*?

Siguiendo mis consejos, Pedrito continuará en adelante estos ejercicios de dibujo, copiando frutas y legumbres, muy útiles para que los niños observen atentamente las formas y colores. Pedrito seguirá un curso de solfeo infantil : acostumbrar su voz á reproducir un tono, es un ejercicio de atención. En fin, Pedrito sale conmigo una hora todos los días : nuestra gran labor consiste, entonces, en la evaluación de las distancias. Apostamos sobre el número de pasos, de pasos suyos, que separan un punto de otro punto, sobre el tiempo que emplearemos en ir desde la plaza del Trocadero á ese Arco de Triunfo que levanta al final de la avenida de Kléber su gigantesco perfil. En los jardines observamos las flores; me guardo muy bien de hablar de botánica con mi joven compañero; pero le pregunto su opinión sobre la belleza de tal ó cual macizo : me esfuerzo en hacerle justificar sus preferencias. Poco me importa que me dé ó no razones aceptables : ha mirado, ha comparado... ¿Recorremos una de las calles aristocráticas vecinas del Bosque? Me detengo delante de los palacios y le pregunto : « Si pudieras ¿cuál de los dos darías á tu mamá? » Y le exijo razones, más ó menos fantásticas, me es igual; obligo á su joven espíritu á ponerse en contacto con la vida y el ambiente real, — un contacto consciente, atento.

No negarás, Francisca, que este género de educación tiene, cuando menos, una ventaja : la de agradecer á tu hijo.

— ¡ Claro ! — exclamarás. Ha suprimido usted todo lo que puede serle enojoso... Comenzaba á aprender á leer : libros suprimidos. Sentía horror á aprender el alemán con Fraulein; usted suprime el alemán. Dibujar al azar, modelar flores que parecen zanahorias, cantar á coro y contar sus pasos en la avenida Kléber, hé aquí lecciones que no son muy penosas. Su programa de estudios infantiles consiste en no hacer nada. Todos los niños lo aplaudirán.

No eres justa, Francisca; tú misma has observado, que sometido á su nuevo régimen intelectual, tu hijo demuestra un espíritu más agil, más despierto, mucho más libre. Sólo lamentas los libros y los idiomas. Tu amor propio maternal se enorgullecería de poder decir á las otras madres :

— Pedrote no tiene más que cinco años y medio y lee corrientemente.

Ó bien :

— Este pequeño es sorprendente... Habla el alemán lo mismo que el francés y mezcla los dos idiomas de una manera chocante.

El amor propio maternal es respetable; pero ¿ crees que leer corrientemente y hacer una ensalada de idiomas son privilegios que contribuyan á formar el espíritu de un niño de cinco años? Yo, no lo creo. Creo que el libro abierto demasiado pronto y la lengua extranjera aprendida prematuramente, son, por el contrario, muy perjudiciales para la verdadera formación de un niño ó, mejor dicho, para fijar las ideas de un niño de siete años.

¿ Sé muy bien que, al afirmar esto, voy á dar origen á grandes protestas entre los educadores rutinarios.

— ¿ Cómo? ¡ No dar libros á los niños hasta los siete años !... ¿ Qué? ¡ No enseñar

idiomas extranjeros á los niños en la edad en que todo lo aprenden mejor y más pronto !...

Sí, educadores. Sí, Francisca. No me acoséis á protestas. Voy á tratar de justificar mi doble sentimiento con buenas



... Seguirá un curso de solfeo infantil...
(Pág. 68).

razones, que quedas en libertad para discutir y hasta rechazar.

* * *

En primer lugar : antes de la edad de ocho años, pretendo yo que « el libro », lejos de ayudar á la formación del espíritu del niño, la dificulta y hasta amenaza desviarla.

Ó bien los niños no comprenden nada de lo que leen (lo que felizmente es el caso más frecuente), ó bien si comienzan á comprender, es gracias á esa formación esencial que resulta de su contacto con la realidad. Entre las cosas y ellos, entre la naturaleza y ellos, para decirlo como en tiempos de Rousseau, EL LIBRO SE INTERPONDRÁ en adelante como una pantalla. Desde el día en que un niño se pone á leer con inteligencia y comprende lo que lee, desde ese día, abandona el mundo verdadero para entrar en el mundo artificial, abandona la naturaleza por el decorado. Su espíritu se verá ocupado en adelante por paisajes explicados, por historias irreales de seres quiméricos. Por esta brecha abierta se irá todo su esfuerzo, toda su facultad personal, originalidad de mirar, de competir, de evaluar, en una palabra, de comprender.

Así, pues, lo que importa para la formación de un espíritu infantil, no es, en absoluto, que conozca el niño prematuramente signos convencionales del pensamiento de otro, ni tampoco que el efecto del mundo exterior sobre el pensamiento de otro le sea transmitido por estos signos. Lo que importa es que su débil espíritu esté en contacto con el mundo exterior; que sus sentidos, vista, tacto, oído, locomoción, se habitúen á hacer su oficio disciplinado para ilustrar al espíritu... De esta manera se formará una inteligencia humana verdaderamente activa, y sentidos adaptados á su necesidad humana... Esta adaptación hecha, podrá intervenir el libro útilmente para enriquecer las adquisiciones y « añadir » la experiencia de otro sin que esta sustituya á la del sujeto. Pero si el libro interviene demasiado pronto,

antes de que el sujeto haya adaptado directamente sus facultades de conocimiento al mundo exterior, la adaptación directa no se *hará jamás*. El niño nunca sabrá ver sino por los ojos de otro. Y para presentar ante los suyos de cinco años miserables libracos, frecuentemente pensados por hidrocéfalos, escritos por palurdos y comentados por criadas, le cerráis definitivamente el maravilloso libro del mundo.

Digámoslo francamente : antes de los ocho años (próximamente), el libro es el enemigo más pernicioso de la formación verdad del niño.

* * *

El libro, y de ordinario más que el libro la enseñanza prematura de idiomas extranjeros, es el disolvente más seguro que emplean los educadores para abolir la energía del pensamiento infantil. Hasta me atrevería á afirmar que este segundo peligro es más grande si no estuviera — ¡ felizmente ! — limitado á las clases ricas de la sociedad, en tanto que el libro ¡ ay ! se usa en la « maternal » como entre los pensionistas del gran mundo.

¿ En qué cerebro estrambótico ó perturbado ha podido germinar la idea de enseñar dos lenguas diferentes á la vez á un niño que no conoce ninguna ?

El inventor de este procedimiento burlesco no reflexionó jamás en lo que es un idioma. El idioma, para nosotros civilizados, es simplemente la condición misma del pensamiento. Un francés de 1812 tiene en su espíritu toda la claridad, precisión y orden que implica su lengua. No entiendas por esto que sólo los literatos y los oradores son inteligentes. Un ingeniero, un químico, un simple ajustador, si son buenos técnicos, poseen siempre un vocabulario muy preciso, muy completo de todo lo que se refiere á su profesión. En cambio, el literato y el orador emplean palabras equivocadas é impropias... Pero inteligentes ó tontos, instruidos ó incultos, nosotros no pensamos más que en la ayuda de las palabras, y, sobre todo (esto no puede negarse)

aprendemos á pensar con ayuda de las palabras. Los progresos del pensamiento infantil están, pues, íntimamente ligados á su conocimiento de palabras y á la asociación de éstas. Conocimiento tan difícil, que la mayoría de las gentes llamadas « bien educadas » no lo tienen en absoluto : casi todo el mundo habla y escribe una lengua monótona, impropia, imagen de la indecisión del pensamiento. Los mismos especialistas proclaman la dificultad de conocer un idioma. Á una americana que apenas presentada preguntó el invariable « *Do you speak english?* (1) » oi que Copée le contestó friamente :

— « No, señora... aprendo siempre el francés.

Hé aquí un pobre sér que no sabe ni comprende nada del mundo á que acaba de llegar, que comienza á balbucear algunas sílabas, y ya concentran todo esfuerzo en el siguiente mirífico resultado : que pueda dar á los objetos dos nombres diferentes, acentuación diferente y que su insignificante pensamiento se desenvuelva paralelamente á dos vocabularios y según dos sintaxis diferentes... ¡ Oh, lo conseguirán ! Lo conseguirán hasta antes que con un adulto... El niño, entre los cinco y los siete años, usará indiferentemente dos lenguas.

Pero :

1.º Hablará mal una y otra. Se maravillarán de que tenga una buena pronunciación. Notad, sin embargo, que los cosmopolitas no hablan ninguna lengua sin acento. El que tienen es indefinible, pero lo tienen. Es el acento de las personas reales, de los príncipes... y de los porteros de hotel. Además, hablar una lengua sin acento extraño, no equivale á dominarla. En realidad, la mayoría de los políglotas disponen de un vocabulario muy limitado y fracasan ante las menores dificultades morfológicas ó de sintaxis que ofrecen todas las lenguas que hablan.

2.º Otro inconveniente bastante grave : el niño tiene que servirse de dos instrumentos de pensamiento á una edad en que el manejo de uno sólo casi excede á sus fuerzas.

(1) En inglés en el original francés : « *Do you speak english?* » : ¿Habla usted inglés?



... En los jardines observamos las flores (Pág. 68).

Consecuencia : ha perdido en ideas lo que ha ganado en articulaciones verbales. Se ha habituado á « hablar de prisa », lo que impide á su pensamiento precisar. Cuanto más ricas de sentido son las palabras, menos las comprende. Enseñar simultáneamente á un niño el vocablo « corazón » y el vocablo « heart » y decirle que ambos significan lo mismo, es condenarle á no comprender jamás, en sus sentidos profundos, ni la palabra « heart » ni la palabra corazón.

Si se trata de fabricar mujeres frívolas para las estaciones balnearias ó lechuguinos cosmopolitas que pasean su aburrimiento del círculo al casino ó guías de turistas, el inconveniente entonces no es, evidentemente, muy considerable. Pero si se pretende formar una verdadera inteligencia de hombre ó de mujer, la enseñanza simultánea de varias lenguas al niño que aprende á hablar es — no es muy fuerte la palabra — un crimen contra el espíritu.

¡Y por qué liviana ventaja, Dios mío!

¿Qué pedagogo de palacio-hotel ha conseguido demostrar que una lengua extranjera no puede ser bien aprendida sino por los niños?

Nada más falso.

Un adolescente la aprende infinitamente más pronto que un niño, y un adulto antes que un adolescente. Cualquier mozo de café, la criada de inteligencia más obtusa hablan al cabo de seis meses la lengua del país donde sirven...

— Pero el acento será menos correcto...

— ¡Gran desgracia!... ¿Pero es que las lenguas extranjeras se aprenden por el afán de disimular la nacionalidad del individuo? Que tomen á uno « por un inglés » porque habla bien la lengua inglesa, es una ambición pueril y, además, quimérica. Lo que importa es comprender bien y que nos comprendan. Añadamos, para complacerte : y sin que provoquemos la hilaridad con una pronunciación demasiado ridícula. Pero lo que sobre todo importa es hablar su lengua materna con perfecto acento, con acento nacional, excluído precisamente de esas adaptaciones demasiado perfectas á las articulaciones extranjeras. En todo los países bilingües (Suiza, Bélgica, etc.) se habla imperfectamente las dos lenguas. Cada una de ellas influye mutuamente en la otra para deformarla. Otra observación : los países bilingües pueden serlo de comerciantes y fondistas activos; pero salvo excepciones (Mæterlinck) son raramente países de pensadores y escritores.

Resumamos, sobrina. No hay más que una formación útil para el espíritu del niño hasta los ocho años próximamente : la que despierta en él la atención. Y la atención

del niño no puede ser eficazmente despertada y retenida más que por realidades : con los signos se dispersa.

El día en que la educación de la atención esté hecha (lo que, para un niño prudentemente educado, debe ser á los ocho años), un maestro inteligente le enseñará á leer en tres meses y mucho mejor que todos los compañeros que deletreaban « b, a... ba » en la *nursery*.

Pero si ese maestro me escucha, todavía diferirá más la enseñanza de una lengua extranjera. Antes de adquirir un doble medio de expresión, el pensamiento humano tiene necesidad de poseer, perfectamente, uno solo.